

PRÓLOGO

Mijaíl Ivanovich lo tenía muy claro. Iba a morir. Sin embargo, antes causaría todo tipo de problemas a sus perseguidores. Escondió la tarjeta de memoria y volvió a sentarse ante el ordenador. Escribió un mensaje a su hermana, otro a su novia y lo apagó. Se permitió unos minutos en los que mantuvo la mirada fija sobre la pantalla vacía. Tenía que irse cuanto antes o pondría en peligro a una de las personas que más quería en el mundo: Irina.

Desde la muerte de sus padres, cuando apenas habían salido de la adolescencia, se había encargado de cuidarla. Nunca se habían separado más de dos o tres días. La promesa que hizo a su padre en el lecho de muerte no le pesaba en absoluto. Velar por su hermana estaba en su naturaleza y así seguiría siendo mientras le quedara un halo de vida. Por eso tenía que abandonar la casa que compartían cuanto antes.

Salió a la calle. A pesar de que eran las ocho de la tarde, la luz inundaba la ciudad, algo normal en San Petersburgo durante el mes de julio, cuando el día se alargaba hasta la madrugada; para los extranjeros resultaba extraño que la noche apenas durara tres o cuatro horas, pero él estaba acostumbrado. Tras un largo invierno en el que no veían el sol, se agradecía cada minuto de luz que pudieran disfrutar.

Se alejó con paso rápido en dirección a la avenida Nevski, donde esperaba confundirse entre los viandantes que a aquellas horas llenaban la conocida calle comercial, ajenos a la tragedia que le amenazaba.

Sabía que le vigilaban, de hecho, había identificado a uno de los individuos que le seguía. Quería camuflarse entre la gente con la intención de desaparecer. No pensaba poner fácil su captura a aquellos traidores.

CAPÍTULO 1

Arnold se estiró sobre la hamaca y cruzó sus largas piernas para adoptar una postura más cómoda. Dejó que los rayos del sol calentaran su rostro. Se estaba tan bien en aquella terraza que podría quedarse dormido, no obstante, no lo haría. Había quedado con su amigo Mijaíl, al que no veía desde hacía un año, para comer.

Cuando Nikolai, otro de sus amigos rusos, le había invitado a pasar unos días en su casa, apenas había dudado unos segundos antes de aceptar. Le apetecía muchísimo reunirse con ellos de vacaciones. Necesitaba un descanso y no se le ocurría un sitio mejor que aquel para hacerlo.

La casa de su amigo era un ático de un viejo palacio reformado para albergar viviendas. Debía de ser muy caro pero Nikolai podía permitírselo. Las vistas sobre el río Neva, con la torre de la fortaleza de San Pedro y San Pablo al fondo, no tenían precio. Desde allí divisaba la otra orilla, en la que destacaban aquellas construcciones que habían hecho de San Petersburgo un lugar de ensueño. Todos aquellos palacios de los aristócratas del imperio se habían convertido en edificios públicos, que seguían manteniendo la elegancia y el lujo de los viejos tiempos.

Consultó el reloj. Tenía que ponerse en marcha porque faltaba solo media hora para su cita.

Recordó la primera vez que se había encontrado con Mijaíl. Tenía quince años. Habían destinado a su padre a la embajada de Egipto y él terminó en el colegio al que asistían la mayoría de los hijos de los diplomáticos. Mijaíl era su vecino de pupitre. El ruso le dio la bienvenida con simpatía, le presentó a otros compañeros y le puso al corriente de las costumbres del lugar. Durante ese año fueron inseparables, lo que le permitió entrar y salir de

la embajada rusa y conocer a su hermana Irina, dos años menor que ellos. Una muchacha tímida de mirada esquiva que parecía rehuirle.

Crecieron, estudiaron sus carreras y coincidieron en más países. Su amistad resistió el tiempo y la distancia.

Irina también creció. Se convirtió en una mujer preciosa, que le atraía más de lo que estaba dispuesto a permitirse. Como consecuencia, se acercaba a ella para los saludos de rigor y para mantener alguna escueta conversación educada. Entre ellos todo era muy formal. Sin embargo, en ocasiones, las miradas coincidían a pesar de la amplitud del salón en que se encontraran para quedarse prendidas. Jamás habían ido más allá. Ninguno había confesado que existiera algún tipo de atracción entre ellos. Le inquietaba lo que sentía por ella y prefería mantenerse alejado. Les separaban demasiadas cosas.

Sacudió la cabeza con la intención de dispersar los recuerdos y volver al presente. No le quedaba tiempo.

El sonido de una campana atrajo su atención. Tardó unos segundos en advertir que se trataba del timbre. Mijail había llegado. Caminó con paso perezoso hasta la puerta dispuesto a dar un abrazo a su amigo. Abrió y se quedó paralizado por la sorpresa.

Una mujer rubia de grandes ojos azul verdoso le miraba con tal angustia que se le revolvió el estómago.

—¡Irina! ¿Qué haces aquí?

No era un saludo cariñoso y educado, pero no esperaba encontrársela el primer día de su estancia en la ciudad.

Ella no advirtió su brusquedad. Parecía a punto de explotar, de hecho, explotó. Hizo algo que nunca se habría imaginado que haría: rompió a llorar y se lanzó a sus brazos.

Lo imprevisto de su acción le dejó paralizado durante unos segundos, después, sus brazos rodearon aquel cuerpo agitado por los sollozos. La estrechó con firmeza

y apoyó su barbilla sobre su cabeza, sin saber muy bien cómo enfrentarse a su angustia.

Cuando Irina sintió el abrazo, tomó conciencia de lo que acababa de hacer. Se había arrojado a los brazos del hombre que llevaba años esquivando. ¿Cómo había llegado hasta allí ella, que siempre tomaba tantas precauciones en su presencia? La amistad que lo unía a su hermano provocaba encuentros esporádicos. En la mayoría de ellos procuraba desaparecer pero había otros inevitables en los que un simple roce de sus manos o una intensa mirada de sus ojos negros la ponían tan nerviosa que temía hacer algo inadecuado. Y ahora se encontraba bajo el cobijo de su cuerpo. Tenía que alegar en su defensa que estaba muy asustada por el correo que le había mandado su hermano y por su desaparición. Percibía el corazón de Arnold golpear con un ritmo más rápido del que consideraba normal, el suyo también estaba acelerado. Debía separarse y recuperar el control. Recordar el motivo por el cual se encontraba allí le ayudó a alejarse.

Él la sujetó unos segundos más, renuente a dejarla ir.

—Disculpa mi entrada. —Intentó sonreír mientras se secaba las lágrimas con las manos.

Él le tendió un pañuelo de forma automática que ella aceptó en silencio.

La mirada de Arnold se detuvo en cada detalle de la recién llegada. Seguía tan atractiva como recordaba y su proximidad le perturbaba, como siempre. Observó que llevaba el pelo más corto, su tono rubio dorado combinado con la piel blanca y sus ojos grandes e inocentes no podían negar su ascendencia eslava. Vestía con sencillez y no llevaba maquillaje, pero su estructura ósea y su elegancia innata le proporcionaban un aspecto espectacular. Tuvo que abrir y cerrar las manos un par de veces para no abrazarla de nuevo.

Ella parecía avergonzada y se había ruborizado. La verdad es que nunca habían estado tan cerca.

—Pasa —dijo él, que todavía no había pronunciado una palabra—. Estoy esperando a Mijaíl...

El gesto negativo de su cabeza le contrarió.

—¿Qué ocurre?

Ella se retorció las manos y lo miró con angustia.

—Mijaíl ha desaparecido —anunció al fin.

—¿Cómo que ha desaparecido?

Irina se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacó un objeto pequeño y se lo ofreció.

Extrañado, lo agarró para comprobar que se trataba de una tarjeta de memoria.

—Será mejor que nos pongamos cómodos —sugirió al tiempo que señalaba la sala que había a su derecha.

Irina pasó junto a él. Hasta ella llegó el perfume que tan bien conocía y que no había olvidado con el paso de los años.

Hacía tiempo que no lo veía pero podía comprobar que seguía en buena forma. Era bastante más alto que ella, pero no se sentía pequeña, de hecho, en aquel abrazo improvisado habían encajado a la perfección. Debía extremar las precauciones si no quería terminar enganchada en sus redes.

Se hallaban en una especie de biblioteca-despacho. Sobre la mesa que presidía la estancia había un ordenador. Él lo encendió mientras la invitaba a sentarse a su lado.

—¿De qué va esto? —preguntó Arnold.

—No tengo ni idea —respondió—. No he podido abrir el archivo.

—Me refiero a todo, no a la tarjeta.

Ambos estaban hombro con hombro frente a la pantalla. Él se giró un poco para observarla de cerca.

—¿Por qué estás tan segura de que ha desaparecido?

Irina agarró el ratón y tecleó algunas letras y números. Cargó el correo que le había mandado su hermano y se lo mostró.

—Ahí tienes. Lee.

«Cariño, hay algo para ti en nuestro escondite. Busca a Arnold, estará en casa de Nikolai Redkin. Tengo que marcharme. Estoy en peligro y no quiero involucrarte más de lo que acabo de hacer. Sé valiente. Te quiero».

Observó el rostro inexpresivo de Arnold mientras leía. Si pensaba que iba a darle alguna pista de lo que pasaba por su mente, iba lista.

Arnold Swartz siempre había mostrado un carácter agradable, pero sabía que detrás de aquella fachada escondía un lado oscuro. Era una intuición más que una certeza. No obstante, ella tenía la convicción de que existía.

Nada más terminar de leer el correo, la miró de nuevo.

—Deduzco que encontraste esto en el lugar que te indicó. —Señaló la tarjeta.

—Sí. Cuando éramos pequeños, teníamos un escondite secreto en el despacho de mi padre. He ido derecha.

Él asintió pensativo.

—Escribió el mensaje ayer por la tarde —afirmó.

—No lo he leído hasta esta mañana. A veces se queda en casa de Tanya, su novia, así que no lo he echado de menos, pero cuando he leído la nota...

Su voz se cortó y la mano masculina se posó sobre su hombro con la intención de calmarla. No solo no lo consiguió sino que la alteró aún más. El calor que desprendía se filtraba a través de la fina tela de la camisa y no estaba acostumbrada ni a su tacto ni a su cercanía.

Necesitaba consuelo y había tratado de dárselo. Le pareció que se había estremecido cuando había puesto su mano cerca de la delicada piel del cuello y por un momento, perdió el hilo de la conversación.

—¿Has hablado con su novia? —preguntó, recuperando el control.

—Es lo primero que he hecho —respondió—. No sabe nada de él desde ayer al mediodía. En cuanto le he contado lo del correo, ha ido a mirar los suyos. Ha encontrado uno similar al mío. Aquí está.

Tanya le había reenviado su mensaje. En él le comunicaba que tenía que salir de la ciudad por unos días porque debía resolver un asunto arriesgado. A ella no le mencionaba nada sobre la existencia de la tarjeta.

—Supongo que no quiere que sepa mucho para no ponerla en peligro también —explicó Irina.

—No conozco a Tanya —comentó Arnold.

Ella le miró con extrañeza.

—¿Hace mucho que no os veis? —No siempre se enteraba de sus encuentros. Cuando lo hacía, preguntaba a su hermano de forma casual si tenía novia o qué tal le iba. Así estaba al tanto de su vida.

—Un año más o menos. Entonces no salía con nadie.

—No. Empezaron hace unos ocho meses.

—¿Y cómo es? Me resulta muy raro que a Mijaíl le dure tanto una relación.

Estuvo a punto de decirle «como a ti», pero se mordió la lengua. No era de su incumbencia cuánto tiempo le duraban las parejas a Swartz. Su hermano decía que viajaba tanto que no podía consolidar ninguna. Tal vez tuviera razón. La distancia, al final, pasaba factura a las parejas.

—Tanya es muy guapa —explicó, volviendo a la pregunta—, muy inteligente. También es una gran artista. Trabaja como restauradora en el Hermitage.

Arnold asintió, asimilando la información.

—No le mencionaremos nada de esto —dijo señalando la tarjeta.

- Estoy de acuerdo.
- ¿Sabes qué contiene?
- Ni idea.
- Tendremos que averiguarlo.